

LOUISE BEHE | MARION CAREL
CORENTIN DENUC | JULIO CESAR MACHADO
(DIRS.)

Curso de semántica argumentativa



Curso de semántica argumentativa

Curso de semántica argumentativa



LOUISE BEHE | MARION CAREL
CORENTIN DENUC | JULIO CESAR MACHADO
(*dirs.*)



GRUPO DE INVESTIGAÇÕES SEMÂNTICAS E DISCURSIVAS
GISD/CNPQ

EDICIONES TREA

División y organización de capítulos

Marion Carel
Julio Cesar Machado

Supervisión de la revisión técnica

Julio Cesar Machado

Revisión técnica

Louise Behe
Marion Carel
Corentin Denuc
Julio Cesar Machado

Grabación de las conferencias de Oswald Ducrot

Takako Okada

Transcripción de las conferencias de Oswald Ducrot

Diego Brousset

Relectura y corrección de la lengua francesa

Louise Behe
Corentin Denuc

Relectura y corrección de las transcripciones de las conferencias

Diego Brousset

Equipo de traductores para la lengua francesa

Elsa Mónica Bonito Basso
Julia Lourenço Costa
Vanise Dresch
Lionel Antoine Féral
Clarissa Navarro Conceição Lima
Samuel Ponsoni
Daniel Costa da Silva
Carlos Vogt

Equipo de traducción de la versión francesa original al español

Traductoras
Marta Tordesillas Colado (Coordinadora traducción)
Aránzazu Gil Casadomet

Revisoras

María Marta García Negroni
Natalia Criniti

© Los respectivos autores de los textos, 2025

Motivo de cubierta: © Natxo Junquera, 2007, «Sentido encubierto», Alejandría.

© de esta edición:

Ediciones Trea, S. L.
Gran Capitán, 52
33213 · Gijón · Asturias · España
Tfno. 985 303 801 · Fax 985 303 712
trea@trea.es
www.trea.es

Producción: Patricia Laxague Jordán
Maquetación: Alberto Gombáu [Proyecto Gráfico]

Depósito legal: AS 02777-2025
ISBN: 979-13-87790-77-6

Impreso en España — Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Índice

PARTE 1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES SOBRE LA SEMÁNTICA ARGUMENTATIVA

Prólogo. La semántica argumentativa	13
<i>Marion Carel</i>	
Lección I. Horizontes de la significación	21
<i>Luis Francisco Dias</i>	
Lección II. Terminología general de la semántica argumentativa	39
<i>Oswald Ducrot</i>	
Lección III. Sentido, significación y referencia	47
<i>Oswald Ducrot</i>	
Lección IV. El análisis de la palabra <i>puerta</i>	53
<i>Oswald Ducrot</i>	
Lección V. ¿Cómo clasificar los discursos?	59
<i>Oswald Ducrot</i>	
Lección VI. La delocutividad	65
<i>Oswald Ducrot</i>	

PARTE 2. LA TEORÍA DE LOS BLOQUES SEMÁNTICOS (TBS)

Lección VII. Los conceptos de «aspecto (normativo y transgresivo)» y de «argumentación (interna y externa)»	75
<i>Lauro Gomes, Cristiane Dall' Cortivo Lebler</i>	
Lección VIII. Relaciones entre aspectos argumentativos: los conceptos de «conversión», «reciprocidad» y «transposición»	89
<i>Claudio Primo Delanoy</i>	

Lección IX. La estructura del texto y los elementos de la cohesión textual	97
<i>Giorgio Christopulos</i>	
Lección X. Los conceptos de «empleos constitutivos», «empleos caracterizantes», «empleos singularizantes» y la noción de «decalaje» . . .	103
<i>Giorgio Christopulos</i>	
Lección XI. Los cuasibloques	109
<i>Marion Carel</i>	
Lección XII. La paradoja	119
<i>Kohei Kida</i>	

PARTE 3. LA PRESUPOSICIÓN

Lección XIII. La presuposición en la TAL	131
<i>Ana Lúcia Tinoco Cabral</i>	
Lección XIV. Presupuestos en la TBS	145
<i>Marion Carel</i>	

PARTE 4. LA CONJUNCIÓN MAIS

Lección XV. La conjunción <i>mais</i> discutida según la visión de los contextos de uso	157
<i>Maria Helena de Moura Neves</i>	
Lección XVI. <i>Mais</i> según Ducrot frente a <i>mais</i> según Carel: una comparación crítica y teórica	185
<i>Julio César Machado</i>	

PARTE 5. LA GRADUALIDAD

Lección XVII. El «modificador desrealizante», el «modificador realizante», el «modificador sobrerrealizante» y el «internalizador»	205
<i>María Marta García Negroni</i>	
Lección XVIII. La gradualidad, una constante en la semántica argumentativa . . .	217
<i>Tânia Maris de Azevedo</i>	
Lección XIX. Gradualidad y cambio de sentido.	229
<i>Louise Behe</i>	

PARTE 6. LA ENUNCIACIÓN

Lección XX. <i>Dictum y modus</i>: debates históricos, nuevos enfoques y análisis de la subjetividad en la lengua	237
<i>Marta Tordesillas</i>	
Lección XXI. La polifonía según Ducrot	273
<i>Patrick Dendale, Danielle Coltier</i>	
Lección XXII. El antiguo concepto del «enunciador»	299
<i>María Marta García Negroni</i>	
Lección XXIII. La enunciación lingüística: funciones textuales, modos enunciativos, y argumentaciones enunciativas	309
<i>Marion Carel</i>	

PARTE 7. MÁS ALLÁ DE LA SEMÁNTICA LINGÜÍSTICA

Lección XXIV. El lenguaje gestual y la gestualidad del lenguaje	331
<i>Carlos Vogt</i>	
Lección XXV. Lectura (alfabetización y literalismo): breves reflexiones basadas en conceptos de la semántica argumentativa	345
<i>Neiva M. Tebaldi Gomes</i>	
Lección XXVI. Semántica argumentativa y conflictividad política: el concepto de «programa»	353
<i>Zoé Camus, Alfredo Lescano</i>	
Lección XXVII. La acción al decir y la atribución	365
<i>Corentin Denuc</i>	

PARTE 8. LÍMITES TEÓRICOS: LAS RELACIONES POSIBLES ENTRE OTROS AUTORES Y LA SEMÁNTICA ARGUMENTATIVA

Lección XXVIII. La presencia de Saussure en la teoría de la argumentación en la lengua	377
<i>Leci Borges Barbisan</i>	
Lección XXIX. La cuestión del enunciado en Foucault y Ducrot	385
<i>Julio Cesar Machado, Jocenilson Ribeiro</i>	

Lección XXX. La semántica argumentativa y sus relaciones con la teoría del lenguaje de Émile Benveniste	409
<i>Carmem Luci da Costa Silva</i>	
Lección XXXI. La teoría de los actos de habla y la semántica argumentativa	427
<i>María Marta García Negroni</i>	
Lección XXXII. Ducrot y Maingueneau: acercamientos y distanciamientos ...	439
<i>Samuel Ponsoni</i>	

LECCIÓN V

¿Cómo clasificar los discursos?¹

OSWALD DUCROT

École des Hautes Études en Sciences Sociales

EHESS, Francia

Hoy voy a hablar de la clasificación de los discursos y, especialmente, de la clasificación de los discursos según Benveniste.

En primer lugar, señalemos que existen otras clasificaciones, que se puede hacer de otra manera, se pueden por ejemplo distinguir las conversaciones, por un lado, y los textos, por otro. Se puede decir que hay dos tipos de discurso, las conversaciones y los textos. Marion Carel, en la medida en que ha elegido hoy tomar como ejemplo esencialmente un texto de Flaubert, elige un tipo de discurso textual. Esto no impide que los propios textos contengan comúnmente conversaciones, hay conversaciones en los textos de Flaubert y, por supuesto, un texto teatral se compone principalmente de conversaciones. ¿Podemos encontrar una definición de conversación en contraposición a la de texto? No es tan evidente, pero hay una definición que nos parece muy interesante, la de un lingüista suizo, Jacques Mœschler, que expone las características de la conversación y del texto. Según él, en una conversación, el principio del enunciado no contiene una alusión a su final. Comenzamos un enunciado porque tenemos algo que responder, pero no pensamos en cuál será el final del enunciado, se va construyendo sobre la marcha. Este no sería el caso de un texto. Mœschler tiene la siguiente fórmula, que es muy bonita, aunque sea un poco oscura al principio: en cualquier texto, «el problema del final se plantea desde el principio». Desde el principio, se empieza a organizar el texto de manera que pueda terminarse; se pretende que el texto tenga un final, y cada elemento del texto, incluso el principio, debe considerarse como una contribución a esta tarea de facilitar el final del texto. Es una definición satisfactoria y, sobre todo, no es referencial, por lo que podría introducirse en la teoría de bloques semánticos sin contradecir los principios generales de esta teoría.

Volviendo a la distinción sobre los tipos de discurso, Benveniste hace una distinción muy famosa entre dos tipos de discurso, a los que, respectivamente, llama «la

¹ Exposición realizada el 14 de mayo de 2014 en la EHESS, transcrita por Diego Brousset.

historia» y «el discurso». Hay, por supuesto, un gran problema con esta terminología. Lo que Benveniste llama «el discurso» es solo una de las dos categorías del concepto general que aquí presento como discurso. Así pues, cuando hable de «el discurso» según Benveniste, hablaré de discurso benvenistiano. Para nosotros, se trata de un tipo de discurso particular.

¿Cómo define Benveniste su «discurso»? En primer lugar, está el «discurso benvenistiano»: cuando el locutor se dirige a un destinatario con la intención de ejercer una acción sobre él; hay, en el discurso benvenistiano, una intención de influir en el destinatario. Mientras que «la historia» no tiene esta intención, o al menos no la tiene de manera declarada. Es muy posible que los autores que sitúan sus discursos en el registro de «la historia» busquen transformar las opiniones de sus destinatarios, pero lo disimulan, mientras que en el discurso benvenistiano, la búsqueda de esa influencia es bastante normal.

Me gustaría insistir un poco en lo inadecuado de esta expresión: «influir en el destinatario». Benveniste toma un ejemplo que aparentemente sería el más fácil para él: es el ejemplo de la orden cuando está en imperativo. Cuando te doy una orden, según Benveniste, por la propia definición de la orden, estoy intentando que hagas algo. La orden sería por tanto un caso de discurso benvenistiano. No lo pongo en duda. Sin embargo, creo que Benveniste se equivoca al caracterizar la orden como una forma de acción sobre el otro. La orden no me parece esencialmente una forma de conseguir que alguien haga algo. Creo que uno puede perfectamente dar órdenes, aunque no sea muy frecuente, sin intención de ser obedecido, y quizás incluso con la intención de ser desobedecido por la persona a la que se dirige. Yo diría más bien que la orden pretende transformar el carácter de una determinada acción en obediencia. Por ejemplo, si le digo a mi hija: «Pon la mesa», la acción de poner la mesa, que hasta ahora era una acción libre —ella podía poner la mesa, si quería—, se convierte en una obediencia. Por ello, se sentirá avergonzada al poner la mesa porque es una forma de admitir que está obligada a obedecerme, cosa que tampoco le gusta admitir. Del mismo modo, el no poner la mesa, que hasta entonces no tenía nada que ver con la desobediencia —era completamente libre—, adquiere un carácter particular. Desde el momento en que dije «Pon la mesa», no poner la mesa se convierte en desobediencia. Por lo tanto, definiré la orden como una respuesta a la intención de transformar ciertas acciones en obediencia y ciertas otras acciones en desobediencia; la veré como una transformación de acciones posibles, mucho más que un esfuerzo para hacer que alguien actúe. Por supuesto que se puede utilizar la orden para hacer que la gente actúe, y tal vez no sea la mejor manera de hacerlo, pero no creo que eso esté en la esencia de la orden. Por la misma razón, habría que cambiar la definición del discurso benvenistiano si las órdenes entraran en él. El discurso benvenistiano ya no podría definirse como una búsqueda de influencia.

(Recordemos rápidamente que cuando hablamos de órdenes, no nos referimos a todos los imperativos: algunos imperativos están destinados únicamente a realizar hipótesis, por ejemplo. No todos los imperativos son órdenes, y no todas las órdenes se realizan en imperativo, no hay coincidencia entre el imperativo y la orden. Hemos elegido este ejemplo porque es frecuente y habitual).

Aquí concluyo mis observaciones sobre la orden y retomo la discusión general de Benveniste. Para él, hay dos tipos de discurso en el sentido de una realización del habla. Por un lado, está el discurso benvenistiano, que se refleja en la intención de influir en un destinatario, y por otro, lo que Benveniste llama la «historia» y rechaza llamar «discurso».

¿Cuál es entonces la marca privilegiada del discurso benvenistiano? Es la alusión a la enunciación. Un discurso benvenistiano contiene alusiones a la enunciación, al hecho del habla, mientras que la «historia» no, y es por ello por lo que encontramos pronombres personales en el discurso benvenistiano. El pronombre *yo* designa en efecto a la persona que habla y alude así a la enunciación; *tú* también alude a la enunciación, ya que designa a la persona a la que se habla. Del mismo modo, hay marcadores temporales en el discurso benvenistiano que también aluden al momento del habla. Cuando digo *en este momento hace bueno, en este momento* es el momento durante el cual estoy hablando. Las alusiones a la enunciación están presentes en todo el discurso benvenistiano.

Por el contrario, en la «historia», no habría ninguna alusión a la enunciación. El único tiempo gramatical que se utiliza normalmente en francés es el *passé simple*². Por otro lado, no hay pronombres personales como *yo, tú*, el único pronombre personal es el pronombre que Benveniste llama «impersonal», el *él*, y no hay tampoco *mañana* —hay simplemente *el día siguiente*— ni *ayer* que harían referencia a la enunciación. Otro ejemplo que observé en Benveniste, no lo había observado antes y es un muy buen ejemplo como hay pocos en la lingüística, es el ejemplo de *próximo* y *último*, que contienen alusiones a la enunciación. *El próximo verano* es el verano que sigue al momento en que estoy hablando, en cambio *el último invierno* es el invierno que precede directamente al momento en que estoy hablando, de modo que *próximo* y *último* contienen alusiones a la enunciación, son palabras del discurso benvenistiano que, por lo tanto, no podrían encontrarse en «la historia», siempre según Benveniste.

Una vez presentada, esta hipótesis sobre las marcas de los diferentes discursos tropieza inmediatamente con contraejemplos que el autor no ha logrado superar realmente. Intentaré participar en el rescate de Benveniste a pesar de estos posibles

² N. de T.: En español, el tiempo que se utiliza en la «historia» es el pretérito perfecto simple. Sin embargo, este tiempo también es posible en el «discurso», lo que no es en absoluto posible con el *passé simple* del francés.

contraejemplos. A menudo hay pronombres *yo* en una serie de discursos en sentido general, en el sentido de Marion Carel, que no son discursos benvenistianos, pero que pertenecen a lo que Benveniste llama la «historia». Por ejemplo, si estoy escribiendo una autobiografía, si estoy escribiendo un relato de mi vida que se considera un testimonio fiel, estaría obligado a decir *yo*. Sin embargo, esto sería una cuestión de la «historia» y no del «discurso», según Benveniste. Por otra parte, Marion Carel ha señalado anteriormente un hecho muy molesto para Benveniste, a saber, que a menudo existe la posibilidad de utilizar en francés el *passé simple* con un *yo*, lo que para Benveniste es bastante inadmisibles ya que, para Benveniste, el *passé simple* es el tiempo típico de la «historia» y que el *yo*, con su evidente alusión a la enunciación, solo debe encontrarse en el interior del discurso benvenistiano. No obstante, se puede decir perfectamente, en una autobiografía, *à ce moment-là, je crus que ceci ou cela...* (esp.: *en aquel momento, creí que esto o aquello...*) y tenemos aquí un *passé simple* (*crus*) con un *yo*. Benveniste está muy molesto por este tipo de contraejemplo. Sin embargo, tengo que reconocerle que hay muchos menos *yo* que él en *passé simple*.

¿Cómo salvar a Benveniste de la contradicción? ¿Cómo admitir que se pueden encontrar pronombres personales del tipo *je, tú* con verbos en *passé simple*, es decir, con tiempos que, según Benveniste, están reservados a lo que él llama la «historia»? Intentaré esbozar una solución distinguiendo dos tipos diferentes de alusiones a la enunciación, en particular cuando se utiliza el pronombre personal *yo*. No cabe duda de que *yo* contiene una alusión a una enunciación; si digo (*yo*) *estoy cansado*³, es seguro que *yo* soy *yo* hablando contigo; está claro que *yo* se refiere siempre a la persona que enuncia, o al menos a alguien que está en relación con la persona que enuncia (la distinción entre estas dos personas, que me ha llevado a oponer locutor y sujeto hablante, que probablemente no es suficiente, sigue siendo una cuestión crucial). Pero esto puede significar dos cosas muy diferentes. En primer lugar, *yo* puede referirse a un objeto que es el autor de la enunciación pero que tiene otras propiedades que pueden presentarse sin tener en cuenta el hecho de que habla. Por ejemplo, en el siguiente diálogo:

- Disculpa, ¿conoces Berlín?
- Sí, (*yo*) conozco Berlín.

el *yo* que conoce Berlín es, por supuesto, la persona que habla, pero en el enunciado *yo conozco Berlín*, el *yo* no hace una alusión específica a esta persona. No es en el marco de mi habla que conozco Berlín. Este es el primer tipo de *yo*, un *yo* que designa

³ N. de T.: Si bien en español el sujeto estaría tácito (*estoy cansado; conozco Berlín*), aquí mantenemos entre paréntesis el pronombre *yo* (*yo estoy cansado; yo conozco Berlín*) para facilitar la explicación.

a la persona que habla (y en esto hay una alusión a la enunciación), pero que no da un papel particular al hecho de que hable.

Existe entonces un segundo sentido en el que *yo* alude a la enunciación. Es cuando designa al que habla en su actividad de habla, cuando *yo* significa realmente «yo, que te hablo». Por ejemplo, en (*yo*) *no sé qué decirte exactamente*, es *yo* en mi habla actual que no sabe qué decir sobre el tema que te interesa.

Una vez hecha esta distinción, podemos intentar rescatar a Benveniste reduciendo sus afirmaciones a nuestro segundo caso de *yo* y excluyendo el primer caso. Se trataría de decir que Benveniste caracteriza el discurso benvenistiano por el segundo *yo*, el que designa al locutor en tanto tal, en su actividad de locutor, pero que admite plenamente que la «historia» puede contener el primer *yo*. La característica del discurso benvenistiano no sería el uso del *yo* en general, sino el uso de nuestro segundo *yo*. El discurso benvenistiano podría admitir tanto el primer como el segundo *yo*, y lo que caracterizaría a la «historia» no sería en absoluto el hecho de que no contenga un *yo*, sino que no contenga el segundo *yo* que hemos presentado.

Benveniste no hace directamente esta distinción entre nuestro primer *yo* y el segundo, pero puede ser evidente en su definición de *yo*, que es diferente de la de los gramáticos. La formulación habitual de los gramáticos es «‘yo’ en un enunciado designa al autor de ese enunciado». Pero Benveniste tiene otra fórmula a la que parece atenerse. Según él, «‘yo’ designa al que dice ‘yo’ en la medida en que dice ‘yo’». Se podría decir que esta alusión a la enunciación, que según declara Benveniste es la única característica del *yo*, trata de nuestro segundo *yo*, el que se ve en su actividad de habla.

Añado a este pequeño discurso sobre los pronombres personales, un discurso similar sobre el tiempo, las marcas temporales, gramaticales que aluden a la enunciación. Tomemos por ejemplo *mañana*. No hay duda de que *mañana* hace alusión a la enunciación: *mañana* es el día después del día en que hablo, de modo que la afirmación *Juan irá a Berlín mañana* significa que Juan irá a Berlín el día después de que yo hable. Esta noción del día del habla —como la del locutor que he mencionado antes— me parece ambigua. *Mañana* puede tener dos sentidos. Puede designar un día, en primer lugar, por el hecho de que sucede al día de mi habla (considerándose mi habla como un acontecimiento entre otros), pero también puede designar el día después de mi habla precisamente por el hecho de que es el día después de mi habla (al ser realmente el día después de mi habla). He aquí un ejemplo, que es cierto que no es del todo satisfactorio. Supongamos que te doy una orden urgente, la orden de ir a Berlín mañana, sábado 15 de marzo. Parece más apropiado, en una orden urgente, utilizar un deíctico como *mañana* en lugar de indicar una fecha. No diré *tienes que ir a Berlín el 15 de marzo*, si quiero insistir en el hecho de que tu deber de ir a Berlín está vinculado a mi habla actual. Al igual que, cuando Benveniste dice que los

pronombres personales están excluidos de la «historia», hay que entender que los pronombres están excluidos en la medida en que hacen el segundo tipo de alusión a la enunciación, igualmente para las marcas temporales, estas estarían excluidas de la «historia» en la medida en que conciernen al habla como tal.

La distinción de Benveniste entre la «historia» y el discurso efectivo, lo que he llamado el discurso benvenistiano, me parece pues digna de ser mantenida, aunque encuentre dificultades, de las cuales acabo de indicar la que me parece el centro: la noción de «alusión a la enunciación», que no es una noción simple.

Bibliografía

BENVENISTE, E. «Les relations de temps dans le verbe français». En: Benveniste, E. *Problèmes de linguistique générale*, I. Paris: Gallimard, 1966, pp. 277-289.

Desde que a mediados de los años setenta del pasado siglo vieron la luz los primeros artículos de O. Ducrot sobre la argumentación en la lengua, que culminaron con la publicación en 1983 de la obra *La théorie de l'argumentation dans la Langue* concebida por J.-Cl. Anscombe y O. Ducrot y, en 1984, del libro escrito por O. Ducrot *Le dire et le dit*, sobre la teoría de la polifonía enunciativa, ambas teorías no han cesado de desarrollarse, ya sea por ambos autores, ya sea por especialistas afines o por sus discípulos. Cabe poner de manifiesto que los planteamientos que albergan ambas teorías constituyen una innovación inigualable en lingüística y semántica generales, produciendo como resultados nuevos fundamentos, metodologías, análisis y categorías para la descripción de la lengua y del discurso.

En este marco, el *Curso de semántica argumentativa* constituye un legado y a la vez un reconocimiento de dicha materia, que sigue en expansión y en constante evolución por lingüistas de diversas partes del mundo que se dedican a desarrollarla y aplicarla. La obra nos ofrece así una reflexión actual y da cuenta del panorama contemporáneo acerca de sus fundamentaciones, sus objetivos y su estado al reunir distintas lecciones esenciales sobre la argumentación en la lengua.

De este modo, los diferentes estudios e investigaciones que constan en la presente obra buscan dar cuenta y mostrar lo que hay de central en cada una de las clases que compone el Curso, con el fin de proporcionar al lector una visión general y precisa y, al mismo tiempo, puntual de los aspectos esenciales sobre la lengua que se propone. Ello le permitirá llevar a cabo un itinerario de lectura y, en su caso, proceder a su aplicación, incluso realizar, si cabe, una transferencia de conocimientos a los distintos ámbitos en los que la lengua desempeña un papel preponderante, a saber, entre otros: la lingüística, la comunicación, la sociología, la psicología, la economía, el derecho, la tecnología, la ingeniería o la medicina. MARTA TORDESILLAS